

SEGUNDO CUADRO.

Decoración del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

Enr.—¿Qué falta, Cromwell?

Crom.— Señor,
 Vuestras órdenes siguiendo,
 El conde Rochford y Norris,
 Wáston, Bréretón y Sméton,
 Han sido decapitados
 Dentro de la Torre.

Enr.— Bueno.

¿Y esa mujer?

Crom.— Ya está todo
 Para el suplicio dispuesto.
 Hice venir al verdugo
 De Calé, que es el más diestro,
 Porque la pobre señora
 Tenga que padecer menos.

Enr.— ¡Eres muy piadoso, Cromwell!
 ¡Y te negarán tus émulos
 Esta virtud!

Crom.— Es el mundo
 Siempre muy injusto.

Enr.— Cierta.

Crom.— Traigo á V. M.
 Aquel otro documento
 Que esperaba.

Enr.— ¿Cuál?

Crom.— El fallo

Del primado, cuyo objeto
 Es anular vuestro enlace
 Con Ana Bolena: vedlo;
 Se funda la decisión
 En que contrajo en un tiempo
 Ana Bolena esponsales
 Con Enrique Percy.

Enr.— Creo

Que esta decisión no agrade
 Á ese bravo caballero;
 Pero á mí me importa: ¡bien!
 Pon allí ese documento.
 ¿Qué te parece del drama
 Que representamos?

Crom.— Pienso

Que está cerca el desenlace.

Enr.— Debe terminarse presto.

¿No tendrá segunda parte?
 ¿Un ministro, no es un bello
 Personaje?

Crom.— Sí, señor,

Con tal que el drama funesto
 Con su muerte no termine:
 Y mejor fuera por cierto
 No ejecutar ya más dramas
 Trágicos.

Enr.— En este has hecho

Un papel muy distinguido.

Crom.—Sin embargo, ya deseo
Que acabe.

Enr.— Cuidado, Cromwell;
No sea que en un día de estos
Haya otro drama, llamado:
"Muerte de un ministro."

Crom.— Espero
Que no lo habrá, porque nunca
Será el ministro indiscreto.

Enr.— Está bien; pero ya es tarde,
Y muchas cosas tenemos
Que hacer hoy. Haz que apresuren
Ésa ejecución, y luego
Que se arreglen esos trajes
De boda: que esté dispuesto
El altar para mañana,
Pues mañana mismo quiero
Unirme á Lady Seymour.
Que haya un aparato regio:
Músicas, bailes, convites,
Espectáculos y fuegos:
Que la nueva soberana
Todo lo encuentre risueño
Y hermoso cual su semblante.

Crom.— Sereis, señor, satisfecho.

Enr.— ¿Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa mujer? Es precisa
Una señal.

Crom.— El momento
De su muerte un cañonazo
Os lo hará saber.

Enr.— Entiendo.

Que asista Juana Seymour;
Este saludable ejemplo
Puede servirla de mucho:
Mi hijo natural deseo
Que también asista, el duque
De Richemond, porque quiero
Que se acostumbren sus ojos
Á espectáculos sangrientos.
No olvidéis la ceremonia
De mañana, conde, y luego
Que la ejecución termine,
Lávese la sangre: el suelo
Cubrid con hermosas flores;
Que ni el rastro más pequeño
Quede de lo que ha pasado.

Crom.— ¿Y dónde sepultaremos
El cadáver? ¿A la vista
Le dejaremos del pueblo
Algunos instantes?

Enr.— No;
Enterradle en el momento
De la Torre en la capilla.
Parte, Cromwell.

Crom. Obedezco.
(¿Qué calma tiene el monarca!
¡Nunca lo ví tan contento!) (Vase).

ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez
 Tu hora llegará algún día!
 ¡Y la mía! ¡cielos! ¡la mía!
 Todos tenemos un Juez.
 No importa: este pensamiento
 Es preciso desechar;
 Debemos vivir, gozar,
 Mientras llega ese momento.
 ¡Cuánto tarda el nuevo día!
 ¡Mañana! ¡oh placer! mañana
 Serás mía, hermosa Juana;
 ¡Para siempre serás mía!
 Y arrobado, embebecido,
 Contemplando tu hermosura,
 Hallaré en ti la ventura,
 Del universo en olvido.

ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAJE, después KINSTON.

Paje.—Sir Williams Kinston espera
 Para pasar, el permiso.
 Enr.—¿El teniente de la Torre?
 Haced que pase.
 (Vase el paje, y sale Kinston.)

¡Oh mi antiguo
 Y buen servidor! ¿Qué nuevas
 Os traen por estos sitios?
 ¿Venís á darme las gracias
 Tal vez, porque compasivo,
 De vuestra querida Torre
 Cinco huéspedes os quito?
 Hablad.

Kin.—Vuestra augusta esposa....

Enr.—¿Cuál de ellas? porque he tenido
 Dos, y espero que mañana
 Otra ha de ocupar el sitio.Kin.—La infeliz Ana Bolena,
 Que en este momento mismo,
 Vuestra voluntad cumpliendo,
 Camina para el suplicio,
 Me ha encargado que os trajese
 Con sus últimos suspiros
 Un triste mensaje.

Enr.—¿Cuál?

Kin.—Dejadme para decirlo,
 hacer lo que me mandó.

(Hince una rodilla.)

Enr.—¿Qué haceis?

Kin.—La reina me ha dicho:

“De rodillas ante el rey
 Postraos, mi buen amigo,
 Y decidle que si acaso
 Alguna vez á su oído
 Fueron dulces mis palabras,
 Si un resto, no de cariño,
 Sino de piedad, conserva,
 Por acaso en favor mío,
 Por la memoria sagrada

De sus padres, le suplico
 Que sobre mi hija no caigan
 Sus furoras; que el delito
 Que me suponen es falso;
 Que yo de nuevo lo afirmo
 En el instante solemne
 En que á la tumba camino:
 En fin, le direis que sufro
 Los más horrendos martirios;
 Pero que yo le perdono."

Enr.—Gracias. Levantaos, Kinston.

Kin.—No, gran rey; si de la reina

El triste encargo he cumplido,

Quiero, señor, que escuchéis

Lo que yo quiero deciros.

Esa joven desgraciada

Es inocente: yo he oído

Las palabras que pronuncia

Cuando se halla sin testigos:

He observado atentamente

Si en sus frecuentes delirios

Se le escapaba un acento

Que indicase su delito;

Pero en vano, es inocente,

Inocente! yo lo afirmo

Por mi honor. El sacerdote,

Gran señor, que la ha asistido,

Lo dice también. Os ruego

Que suspendais el suplicio,

No caiga luego esa sangre

Sobre vos y vuestros hijos:

Enr.—Basta, Kinston: levantaos:

(Se levanta.)

Ya ha decretado el destino

La muerte de Ana Bolena.

Cumplase, pues.

Kin.— ¡Qué tranquilos

Mandan la muerte los reyes!

(Suena la campana, que seguirá por inter-

valos hasta el fin.)

¡Oh cielos! ese sonido

Es señal de que la reina

Marcha al cadalso. ¡Ah Dios mío!

ESCENA IV.

Dichos, ISABEL PRESTON.

Enr.—¿Quién llega?

Isab.—(Hincándose).

Vedme otra vez,

¡Oh gran rey! á vuestras plantas.

Y bien que tan poco influjo

Tengan, señor, mis palabras,

Ya resistir no he podido

El impulso que me arrastra.

¡Señor, por el alto cielo,

Por la Omnipotencia santa,

Por vuestros hijos queridos,

Trocad la sentencia infausta

De la reina: ¡es inocente!

En este instante la arrastran

Al suplicio: todo el pueblo

Llanto de piedad derrama

Salid á verla, señor,

Salid, tal vez vuestra alma
Se conmoverá á su vista.
Oid, oid la campana
Que los corazones hiela;
Señor, corred á salvarla:
¡Es inocente, inocente!
Que su cabeza no caiga:
Corred, todavía es tiempo.

Enr.—(Queriéndola levantar.)

Basta, Lady Preston, basta.

Isab.—¡Ah! no, monarca clemente,
No dejaré vuestras plantas.
Piedad, señor, piedad piden
De Ana Bolena las damas,
Y otros muchos por mi boca
Vuestra clemencia reclaman.

Kin.—Sí, perdonadla, señor.

Enr.—Ya vuestro ruego me cansa
Inútilmente: es preciso
Que muera esa desdichada.

ESCENA V.

Dichos, PERCY.

Percy.—Enrique, Enrique, es tiempo to-
(davía:
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.
Si apreciáis vuestro nombre, si los gritos
De la conciencia oís, si al Juez severo
Ante quien parecer debéis un día,
Algún temor conserva vuestro pecho,

Impedid que esa sangre se derrame,
Impedid que los siglos venideros
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos
Sufran de la ignominia el duro peso.
¡Justicia! ¡oh rey! ¡justicia! Vendrá un día
En que comprar querreis á cualquier precio
Un momento de paz; ¡será ya tarde!
Un implacable, atroz remordimiento
Vuestras entrañas romperá, y en vano
Demandareis piedad al justo cielo.
La sangre de esa víctima infelice
Se alzaré contra vos, y vuestros huesos
Quemará, y gemireis, y esos gemidos
Con risa horrible aplaudirá el infierno.
Enr.—¡Basta, conde, callad! Mi tolerancia
Vais apurando ya, ¡viven los cielos!
Temed mi indignación.

Percy.— Nunca he temblado:

Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo;
Mas yo defendiendo la justicia santa,
Yo la inocencia y la virtud defendiendo.
Arrancadme la vida si así os place:
Dividid mi cabeza de mi cuerpo;
Temblar no me vereis en el suplicio,
Mi nombre cubrireis de lauro eterno.
¡Oh Dios! ¡oh santo Dios! las horas corren!
¡Ana infeliz! ¡se acerca ya el momento!
¡Oh rey! jamás un Percy la rodilla
Ante un hombre dobló; y á tus pies puesto,
Enrique clama en lágrimas bañado,
¡Piedad! ¡piedad! concibe mi tormento.
No derrameis la sangre de una esposa.

Enr.—No era mi esposa, conde, he aquí
(el decreto

Del primado, que anula el matrimonio,
Porque con vos contrajo en otro tiempo
Esa mujer solemnes esponsales.

Percy.—¿Qué escucho! ¡Eterno Dios!
(¿No estais contento

Con derramar su sangre, y en su hija
También os vengareis? Pero si es cierto
Ese motivo, la sentencia es nula:

¿Cómo sin matrimonio hay adulterio!
¿Mi esposa! si lo fuese, ¿quién osara
Arrancarla de mí? ni el poder vuestro
Fuera capaz de tanto, sin que antes
Pudiera hollar mi desangrado cuerpo.
Si fuese mía, el universo absorto

Me hubiera visto trastornar un reino,
Antes que á ella en un cadalso infame,
Yo hubiera levantado mil guerreros,
Y ayudado de Dios y de mi brazo,
Hubiera penetrado á sangre y fuego
En la ciudad y en el palacio mismo,
O matando tal vez hubiera muerto.

Enr.—¿Pobre conde, ya el juicio habeis
(perdido:

De vuestro frenesí me compadezco!

Isab.—Señor, señor, oid esa campana:
Tal vez, tal vez el último momento
Es de su vida; esos confusos gritos
Son los tristes gemidos de los buenos.
Acaso sube las horribles gradas.

¡¡Piedad!! (Echándose á los pies
del rey.)

Kin.— ¡¡Piedad!!...

Percy.— ¡¡Salvadla!!.....
(Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre
una silla.)

Enr.— Ya no es tiempo.
¡No existe Ana Bolena! Juana es mía.

Isab.—¡Ah!

Percy.—¡¡Confúndate Dios en el infierno!!

